Á CÁRLOS TERCERO

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

SONETO.

No ya sobre dos mundos tu corona
Afirma su poder y resplandece,
Ni respetada nuestra armada ofrece
Al libre viento su volante lona,
Ni la fama marcial nos galardona,
Ni el bélico laurel nos engrandece,
Cuando el bronce español sólo estremece
La tumba comital de Barcelona (1).
Y ¿ésta es ¡oh Dios! aquella monarquía
Que su estandarte tremoló en Otumba,
En San Quintin, Parténope y Pavía?
Vélate ¡oh sombra! en tu gloriosa tumba,
Hoy que al rudo huracan de la anarquía
El trono de cien reyes se derrumba.

(1) Este soneto fué compuesto el 13 de Diciembre de 1842 cuando las tropas del Gobierno bombardeaban á Barcelona.

ÁNGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS.

UN CASTELLANO LEAL.

I.

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blason,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro.
»Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas quien no estuviese
Más limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su rey combate
Y que á su patria vendió.
»Pues si él es de reyes primo,
Primo de reyes soy yo;
Y Conde de Benavente,
Si él es Duque de Borbon;
»Llevándole de ventaja,
Que nunca jamas manchó
La traicion mi noble sangre,
Y haber nacido español.»
Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salia,
Cuya puerta se cerró;
Y á la que estaba á caballo

Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises,
Más bien que timbre, baldon;
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran Duque de Borbon;
El que lidiando en Pavía.
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural señor,
Y que á Toledo ha venido,
Ufano de su traicion,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

II.

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillon de respaldo,
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del imperio,
De pié estaba Cárlos quinto,
Que de España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco;
De rubias martas orlado,
Y desabrochado y suelto;
Dejando ver un justillo
De raso jalde cubierto,
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos;
Y la excelsa y noble insignia
Del Toison de Oro pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airon, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyado en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ambar
Y un primoroso masquero;
Y con la siniestra halaga
De un mastin muy corpulento,
Blanco, y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.
Con el condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo;
O del trato que dispone
Con el rey de Francia preso,
O de asuntos de Alemania,

Agitada por Lutero;
  Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo léjos,
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
  En la antecámara suena
Rumor impensado luégo;
Alzase al fin la mampara
Y entra el de Borbon soberbio.
  Con el semblante de azufre
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto,
  Y con balbuciente lengua
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente
Un desagravio pidiendo.
  Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.
  Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobacion y el contento.
  El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber que responderle
Al frances de enojo ciego.
  Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del Conde de Benavente,
De altas esperanzas lleno
  Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos,

Y con los que el ancho mundo
Goza á sus glorias estrecho;
  Mucho al de Borbon le debe,
Y es fuerza satisfacerlo,
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo;
  Y llamando á un gentil-hombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su preseneia presto.

III.

  Sostenido por sus pajes
Desciende de la litera
El Conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.
  Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas;
  Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan séria,
Que veneracion de léjos
Y miedo causa de cerca.
  Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un coleto á la leonesa.
  De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.
  Un birrete de velludo

Con su cintillo de perlas,
Y el gaban de paño verde
Con alamares de seda.
Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva,
Que el Toison ha despreciado
Por ser órden extranjera.
Con paso tardo, aunque firme
Sube por las escaleras,
Y al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra:
Golpe de honor y de aviso
De que en el alcázar entra
Un grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el Conde,
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando,
Hasta la cámara régia.
Pensativo está el monarca
Discurriendo cómo pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.
Mucho al de Borbon le debe
Aun mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.
Dilacion no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavía
A un tiempo se le recuerdan.

En el sillon asentado,
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido se acerca.
Grave el Conde lo saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas, como grande del reino,
Sin descubrir la cabeza.
El Emperador, benigno,
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.
Y entre sereno y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbon aloje
Voluntad suya resuelta.—
Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:
«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra;
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
»Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella,
Pero no toqueis mi honra
Y respetad mi conciencia.
»Mi casa Borbon ocupe
Puesto que es voluntad vuestra,
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;
»Que á mí me sobra en Toledo,
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores

Cuyo sólo aliento infesta.
»Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á élla,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»
Dijo el Conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
A do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
Mandó que lo condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Cárlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

IV.

Muy pocos dias el Duque
Hizo mansion en Toledo,
Del noble Conde ocupando
Los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgulloso y satisfecho,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo.
A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,

Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Despues en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba las calles
Dando en el Tajo reflejos,
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.
Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.
El Emperador, confuso,
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo; tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aun hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan accion tan grande
En la famosa Toledo.

JAVIER DE BÚRGOS.

Á LOS PROGRESOS DE LA INDUSTRIA.

Rindió en incultas bárbaras naciones
El mortal prosternado
Con razon cultos á Minerva y Céres,
Que una inventó el telar y otra el arado.
Roto por él, sus dones
Y de dulce abundancia los placeres
Prodigó el ántes yermo y triste suelo
Al humanal anhelo.
El silvestre madroño
Huyó y la jara del ribazo umbrío,
Que cubrió de racimos el otoño
O coronó de mieses el estío.
Minerva, en tanto, por divino juicio,
Las pieles de leones
Por la lana trocó, que tejió grata.
En telas trocó el arte los vellones
Que el múrice fenicio
Vino á teñir de espléndida escarlata.
Cundieron luégo por el mundo bajo
Los bienes del trabajo.
Más cómoda guarida
Se alzó el salvaje. Se pobló la tierra;
Encantos nuevos encontró la vida,
Y sus furores mitigó la guerra.
No, pues, hoy temas que á civil pelea,
Á sacrílegas lides,

De nuevo incite la discordia brava.
La altiva industria, sí, mejor Alcides
Que el que la hidra Lernea
Postró al blandir de la potente clava;
Mejor Belerofonte que el que hiriera
A la crüel Quimera,
El aliento en las fauces
Sofocará del presumir liviano,
Y raudales de bien por anchos cauces
Harán que corran por el suelo hispano.
Sí, correrán; que la comun ventura
Al iluso, al malvado
Desarma, que á la patria herir amaga,
Miéntras se finge su leal soldado.
De la anarquía impura
Jamas se alista en la cohorte aciaga
El que en trabajos útiles se engrie.
Miéntras de la paz rie
La aurora refulgente,
Entre los campos que la esteva anima,
El viejo Pan la venerable frente
Orlada encumbra de la miés opima.
En mil canales por su ardiente tierra
Ruede sus ondas puras
El ancho Bétis; riegue el turbio Duero
De Castilla las áridas llanuras;
De la empinada sierra
Del Segre bullidor corra el venero
Del Urgel á las fértiles regiones.
De recios aquilones
Libre y rudos ataques,
Vuele entre velas la segura proa
Del Cantábrico mar á los Alfaques,
De la imperial Toledo hasta Lisboa.
Dar cima á tan magníficos portentos

Las ciencias pueden sólo.
Las ciencias, pues, como fanales brillen,
Sin que calumnia, error, envidia ó dolo
Los altos pensamientos
Del sabio turben ni su honor mancillen.
De la felicidad guia á la cumbre
De las ciencias la lumbre.
Bajo el humilde techo
Ellas groseros hábitos suavizan,
Aliento dan al generoso pecho,
De los pueblos la gloria inmortalizan.
A par las artes, de su luz guiadas,
Decoren á porfía
De la sagrada Témis los palacios,
Las mansiones augustas de Sofía.
Las alas desplegadas,
Cual águila caudal que á los espacios
Se alza rauda del éter radiante,
El genio se levante.
Los pinceles hispanos
Al lado brillen del pincel de Apéles;
Emulen sus cinceles soberanos
Al divino cincel de Praxitéles.
En el felice porvenir gozaos,
Que á nuestra industria mira
Correr tras la del Támesis y el Sena,
Del Chino activo y hábil Cachemira.
Las españoles naos,
Ondeando el gallardete en la alta entena,
Veo ya hendiendo la cerúlea onda;
De la rica Golconda,
Del rival con enojo,
Los diamantes cargar, y cuantas cria
Perlas Ormuz, aromas el mar Rojo,
Y Ceilan perfumada especería.

Mas cuanto Industria y Paz brinden ahora
De vida y de riqueza,
Tanto amenazan de orfandad y males
Discordia atroz ó mísera Pereza.
De Calpe á do la aurora,
De la noche eclipsando los fanales,
En nácar y arrebol inunda el cielo;
Del alcázar de hielo,
Do su manida tiene
El rudo Bóreas, al opuesto polo,
De Paz é Industria la alabanza suene:
El cántico entonad, hijos de Apolo.

MANUEL DE CABANYES.

LA INDEPENDENCIA DE LA POESÍA.

Como una casta ruborosa vírgen
Se alza mi musa, y tímida las cuerdas
Pulsando de su arpa solitaria,
Suelta la voz del canto.
¡Léjos, profanas gentes! No su acento
Del placer muelle, corruptor del alma,
En ritmo cadencioso hará suave
La funesta ponzoña.
¡Léjos, esclavos, léjos! no sus gracias
Cual vuestro honor traficanse y se venden;

No sangri-salpicados techos de oro
Resonarán sus versos.
En pobre independencia, ni las iras
De los verdugos del pensar la espantan
De sierva á fuer; ni, meretriz impura,
Vil metal la corrompe.
Fiera como los montes de su patria,
Galas desecha que maldad cobijan:
Las cumbres vaga en desnudez honesta;
Mas ¡guay de quien la ultraje!
Sobre sus cantos la expresion del alma
Vuela sin arte: números sonoros
Desdeña y rima acorde; son sus versos
Cual su espíritu libres.
Duros son; más son fuertes, son hidalgos
Cual la espada del bueno: y nunca, nunca
Tu noble faz con el rubor de oprobio
Cubrirán, madre España,
Cual del cisne de Ofanto los cantares
A la reina del mundo avergonzaron,
De su opresor con el infame elogio
Sus cuitas acreciendo.
¡Hijo cruel, cantor ingrato! El cielo
Le dió una lira mágica y el arte
De arrebatar á su placer las almas
Y arder los corazones;
Le dió á los héroes celebrar mortales
Y á las deidades del Olimpo..... El eco
Del Capitolio altivo áun los nombres
Que él dispertó tornaba.

A.....

Perdon, celeste Vírgen,
Si á tus honestos labios
Arrebaté de amor costoso un sí;
Si á tu inocente pecho,
Si á tus sueños tranquilos
Turbé la calma plácida, perdon.
Yo te adoré, y un ara
De purísimo culto
En el seno del alma te erigí:
Que ni mi ardiente boca,
Ni mis ojos de fuego,
Ni un pensamiento vago profanó.
¡Yo te adoré á tí sola!
Y ledo ya tejia
Nupcial corona para orlar tu sien;
Mas de repente en punzas,
En punzas venenosas
Vi tornarse en mis manos ruda flor.
¡Léjos, fatal guirnalda!
De la dicha renuncio,
Si al bien que adoro llanto ha de costar.
De mi dolor el cáliz
Apuraré yo sólo:
Sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.
¡Sé tú feliz!.... Del pecho
La infausta imágen borra
De quien más que amador tu amigo fué;
Y en urna funeraria
La triste llama ahoga,
Llama primera que en tu seno ardió.
Sin una pobre choza,
Sin un árbol antiguo
A cuya sombra el cuerpo adormecer,

Yo arrastraré mi vida,
Como torrente inútil
Entre jaras y breñas corre al mar.
Mas solitario, errante
Entre agitadas olas,
So el templo santo, en desperada lid,
¡Oh Vírgen! donde quiera
Al ánima afligida
Dulzura tus memorias llevarán.
Y cuando al fin mi espíritu
Las odiadas cadenas
Rompa que le atan al arcilla vil,
Y sus alas despliegue,
Y á volar se aperciba
A la eterna mansion del Sumo Bien;
¡Angel mio! en los coros
Yo esperaré encontrarte
Que himnos santos entonan al Señor;
Y á tan plácida idea
Sobre el muriente labio
Sonrisa celestial floreceerá.

SONETO.

¿Ves, Gil, un hombronazo allí sentado,
De faz profana, en sayo penitente,
Tragar la torta y chocolate ardiente
Que la devota Flor le ha presentado?
Mírale bien: el egoismo ha hinchado
Su panza; estolidez hundió su frente,
Y afectos torpes arden la imprudente
Llama de su mirar: ese es Conrado.
Nueve horas largas á la paz dedica

De un sueño estrepitoso; cinco yanta;
Cuatro en el seno de hembra corrompida
Se revuelca; y moral que no practica,
Con bronca voz las otras seis decanta:
¡Qué piadoso varon! ¡Qué santa vida!

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

AL SOL.

HIMNO.

Pára y oyéme ¡oh sol! yo te saludo
Y estático ante tí me atrevo á hablarte:
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ánsia de admirarte,
Intrépidas á tí sus alas guia.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol! á tí llegára
Y en medio de tu curso te parára!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
Diera tambien su ardor á mis sentidos,
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaria,
Y en tu semblante fúlgido atrevidos,

Mirando sin cesar, los fijaria.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y estático te via,
Y en contemplar tu luz me embebecia!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Oceáno,
Al término sombroso de Occidente,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vívido lanzas de tu frente el dia,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envia
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado dia
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío

Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculos se mecen,
Y al furor de Aquilon desaparecen.
Libre tú de tu cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad; retumbó en torno
El ronco trueno y con temblor crujieron
Los ejes de diamante de la tierra;
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entónces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreias,
Y á otros mundos en paz resplandecias.
Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Oceano,
Y tornan otra vez á sucederse;
Mientra inmutable tú, solo y radiante
¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamas tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perennal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que tambien la muerte,

Si de léjos te sigue,
No ménos anhelante te persigue.
¡Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un dia
Con doble resplandor esclarecia!!!
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso dia
Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre soberano,
Y allá á la eternidad tambien descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado,
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado,
De cien tormentas al horrible estruendo
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entónces morirá : noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre :
Ni áun quedará reliquia de tu lumbre!!!

EL CANTO DEL COSACO.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botin:
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festin.

¡Hurra! ¡á caballo, hijos de la niebla!
Suelta la rienda, á combatir volad :
¿Veis esas tierras fértiles? Las puebla
Gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,

Todo es hermoso y refulgente allí :
Son sus hembras celestes serafines;
Su sol alumbra un cielo de zafir.
¡Hurra, cosacos del desierto!.....
Nuestros sean su oro y sus placeres :
Gocemos de ese campo y ese sol;
Son sus soldados ménos que mujeres,
Sus reyes viles mercaderes son.
Vedlos huir para esconder su oro;
Vedlos cobardes lágrimas verter.....
¡Hurra! volad : sus cuerpos, su tesoro
Huellen nuestros caballos con sus piés
¡Hurra, cosacos del desierto!.....
Dictará allí nuestro capricho leyes,
Nuestras casas alcázares serán,
Los cetros y coronas de los reyes
Cual jugetes de niños rodarán.
¡Hurra! ¡volad! á hartar nuestros deseos :
Las más hermosas nos darán su amor,
Y no hallarán nuestros semblantes feos,
Que siempre brilla hermoso el vencedor.
¡Hurra, cosacos del desierto!.....
Desgarrarémos la vencida Europa
Cual tigres que devoran su racion;
En sangre empaparémos nuestra ropa
Cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando
Régias habitaciones morarán;
Cien esclavos, sus frentes inclinando,
Al mover nuestros ojos temblarán.
¡Hurra, cosacos del desierto!.....
Venid, volad, guerreros al desierto
Como nubes en negra confusion,
Todos suelto el bridon, el ojo incierto,
Todos atropellándoos en monton.

Id en la espesa niebla confundidos,
Cual tromba que arrebata el huracan,
Cual témpanos de hielo endurecidos
Por entre rocas despeñados van.
¡Hurra, cosacos del desierto!.....
Nuestros padres un tiempo caminaron
Hasta llegar á una imperial ciudad;
Un sol más puro es fama que encontraron,
Y palacios de oro y de cristal.
Vadearon el Tibre sus bridones,
Yerta á sus piés la tierra enmudeció;
Su sueño con fantásticas canciones
La fada de los triunfos arrulló.
¡Hurra, cosacos del desierto!.....
¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,
Hambrienta, en vuestras manos, de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse
Visiones mil que el parabien nos dan?
Escudo de esas míseras naciones
Era ese muro que abatido fué;
La gloria de Polonia y sus blasones
En humo y sangre convertidos ved.
¡Hurra, cosacos del desierto!.....
¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?
¿Quién puso fin á sus gloriosos dias?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?
¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!
Esos hombres de Europa nos verán:
¡Hurra! nuestros caballos en su frente
Hondas sus herraduras marcarán.
¡Hurra, cosacos del desierto!.....
A cada bote de la lanza ruda,
A cada escape en la abrasada lid,
La sangrienta racion de carne cruda

Bajo la silla sentiréis hervir.
Y allá despues en templos suntuosos,
Sirviéndonos de mesa algun altar,
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
Hurtará nuestra hambre blanco pan.
¡Hurra, cosacos del desierto!.....
Y nuestras madres nos verán triunfantes,
Y á esa caduca Europa á nuestros piés,
Y acudirán de gozo palpitantes,
En cada hijo á contemplar un rey.
Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
Las coronas de Europa heredarán,
Y á conquistar tambien otras regiones
El caballo y la lanza aprestarán.
¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botin;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festin.

A LA PATRIA.

ELEGÍA.

¡Cuán solitaria la nacion que un dia
Poblára inmensa gente!
¡La nacion cuyo imperio se extendia
Del Ocaso al Oriente!
Lágrimas viertes, infeliz, ahora,
Soberana del mundo,
¡Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!
Oscuridad y luto tenebroso
En tí vertió la muerte;

Y en su furor el déspota sañoso
Se complació en tu suerte.
No perdonó lo hermoso, patria mia;
Cayó el jóven guerrero,
Cayó el anciano, y la segur impía
Manejó placentero.
So la rabia cayó la vírgen pura
Del déspota sombrío,
Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.
¡Oh vosotros del mundo habitadores!
Contemplad mi tormento:
¿Igualarse podrán ¡ah! qué dolores
Al dolor que yo siento?
Yo, desterrado de la patria mia,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía,
Y sus desgracias lloro.
Hijos espúreos y el fatal tirano
Sus hijos han perdido,
Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ay! convertido.
Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron; mas traidora saña
Desbarató su bando.
¿Qué se hicieron tus muros torreados,
Oh mi patria querida?
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos caidos tristemente
El llanto está agolpado.
Un tiempo España fué: cien héroes fueron

En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.
Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno á la vírgen amedrenta,
Su voz las aterraba.
Mas ora, como piedra en el desierto,
Yaces desamparada,
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.
Cubren su antigua pompa y poderío
Pobre hierba y arena,
Y el enemigo que tembló á su brío
Burla y goza en su pena.
Vírgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento;
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.
Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,
Lloremos duelo tanto;
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

EL DOS DE MAYO.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
Del hondo mar alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia clama.
Hombres, mujeres, vuelan al combate,
El volcan de sus iras estalló:

Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazon colérico español.
La frente coronada de laureles,
Con el botin de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles,
En cien campañas veterana tropa;
Los que al rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus piés naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;
A eterna lucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira:
Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira.
Graba en su frente luminosa huella
La lumbre que destella el corazon;
Y á parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañon.
¡Oh de sangre y valor glorioso dia!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mia,
Santo recuerdo de virtud, quedaron.
Entónces, indignados me decian,
Cayó el cetro español pedazos hecho;
Por precio vil á extraños nos vendian
Desde el de Cárlos profanado lecho,
La córte del monarca disoluta,
Prosternada á las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta
Al trono de los reyes ensalzado.
Sobre coronas, tronos y tiaras,
Su orgullo sólo y su capricho ley,
Hordas de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey,
Fijo en España el ojo centellante,

El Pirene á salvar pronto el bridon,
Al rey de reyes, al audaz gigante
Ciegos ensalzan, siguen en monton.
Y vosotros ¿qué hicisteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto
O adular bajamente á la fortuna.
Buscar tras la extranjera bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles á la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar *canalla.*
¡*Canalla!* sí, vosotros los traidores,
Los que negais al entusiasmo ardiente
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!
¡*Canalla!* sí, los que en la lid, alarde
Hicieron de su infame villanía,
Disfrazando su espíritu cobarde
Con la sana razon segura y fria!
¡Oh! La *canalla*, la *canalla* en tanto
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo
Quebrantó las cadenas de la tierra.
Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecia.
Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde y el traidor se esconde;
Truena el cañon y el grito castellano
De *Independencia* y *Libertad* responde.
¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera;
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailén y Talavera.

Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza alta corona
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.
Mas ¡ay! ¿por qué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y alegría,
Y el alma atropellados alborotan
Tantos recuerdos de honra y valentía,
Negra nube en el alma se levanta
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazon quebranta
Y se ahoga la voz entre gemidos?
¡Oh! levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que áun arde en ella con eterna vida
La luz de la vitoria!
¡Oh! levantadla del eterno sueño
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!
Quizá en vosotros, donde el fuego arde
Del castellano honor, áun sobre vida
Para alentar el corazon cobarde
Y abrasar esta tierra envilecida.
¡Ay! ¿cuál fué el galardon de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heroica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?
El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldon dejó manchado.
¡Ay! para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada

Que segase el laurel de vuestra gloria.
Y vuestros hijos de la muerte huyeron
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron
Y hollarla á los franceses les dejaron.
Como la mar tempestuosa ruge,
La losa al choque de los cráneos duros
Tronó y se alzó con indignado empuje
Del galo audaz bajo los piés impuros.
Y áun hoy hélos allí que su semblante
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe, en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.
La vil palabra ¡intervencion! gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban;
De vuestros timbres sin honor mofaron,
Miéntras en su impudor se encenagaban.
Hoy esa raza degradada, espuria,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela,
Busca tambien por renovar tu injuria
De extranjeros monarcas la tutela.
Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor, que en la memoria
Sólo nos queda hoy dia.
Verted juntando las dolientes manos
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.
Llorad como mujeres; vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua,
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡Oh! en el dolor eterno que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,

Y estallando las cuerdas de mi lira
Roto tambien mi corazon estalle.

A LA MUERTE

DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Hélos allí: junto á la mar bravía
Cadáveres están ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, á España nombradía.
Ansia de patria y libertad henchia
Sus nobles pechos que jamas temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado dia.
Españoles, llorad; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue á siervos y opresores,
Y los viles tiranos con espanto
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

FRANCISCO ZEA.

INSPIRACION.

Dijo el incendio á la tormenta un dia:
«Sígueme por doquiera;
Yo iré soltando en la extension vacía
Mi roja cabellera.
Tiemble ese mundo; en mis robustos hombros
Se asentará el infierno;
Tiemble el olimpo; ascenderé entre asombros
Al trono del Eterno!
Será mi manto su brillante alfombra,
Su asiento mi ancha llama,
Y su dosel mi pabellon de sombra
Que el viento desparrama.
Abarcaré el empíreo, omnipotente,
Con mis tremendos brazos;
Escalaré el alcázar esplendente;
Su cumbre haré pedazos.
Llamaré al aquilon; sobre sus alas
Paseando el firmamento,
Del áureo campo las inmensas salas
Inundaré violento.
Y á la sangrienta luz de cien volcanes
Me agitaré bramando .....
El rayo irá ante mí; los huracanes
Retumbarán soplando.
¿Qué hará ese Dios cuando en revuelta nube